



débiles son nuestras instituciones frente a las grandes corporaciones? Hace bien Europa en defenderse de los monopolios. ¿Qué ganaríamos los ciudadanos si sólo pudiéramos consumir una marca de coches, una cabecera editorial o una sola cadena de restaurantes? Seguramente todo estaría subvencionado, pero lo peor es que se congelaría la innovación. Nuestro sistema sería un grandísimo despilfarrador de talento y la propia continuidad de los ingenieros, los escritores y los cocineros estaría amenazada.

«PRODUSUARIOS». El hecho es que una parte del código ya está liberado, pero muchos expertos dicen que Windows dobla la rodilla porque su liderazgo se tambalea. En la *Web 2.0*, esa que es construida por los usuarios a través de los *blogs*, las *wiki*, los *tags*, el *digging*, el P2P y el rss, cada ordenador es el nodo de una red que funciona como una gigantesca plataforma que procesa información. Internet sería ya como el disco duro sobre el que opera mi terminal de la mano de un navegador. En la Red hay programas gratis para procesar textos, enviar documentos o almacenar archivos. Así, la guerra por el escritorio (con Netscape o WP) solo era una escaramuza que anunciaba la batalla que está ganando Google y todas las empresas basadas en la gratuidad y en la explotación de la llamada sabiduría de las masas,

TENEMOS DERECHO A EXIGIR QUE LAS MÁQUINAS INTERCAMBIEN ENTRE SÍ DATOS CON FLUIDEZ. SERÍA ABSURDO QUE CADA ELÉCTRICA SUMINISTRARA UN TIPO DIFERENTE DE CORRIENTE

como lo prueban Amazon, eBay o *Wikipedia*. Conforme se expande la Red, cada vez importa menos quién controla los medios de producción y cuenta más el papel de los *producers* («produsuarios»). Las radios emiten gratis porque venden oyentes y por eso hay tantos teóricos que hablan de economía de la atención. Cuando los usuarios votan, opinan o se detienen en una *web* están creando riqueza para quienes sepan convertir estos destellos de interés en una información con la que identificar tendencias.

EL PROBLEMA CAPITAL. Liberar código ayuda a Microsoft a saber qué hacen los demás con esa información. Se trata de una conducta basada en un principio tan simple como exitoso: renunciar a la gratificación inmediata porque se espera recibir más tarde algo mejor. Daniel Coleman lo ha argumentado como uno de los ejes que sostienen la inteligencia emocional y ahora son muchas las escuelas de negocios o departamentos de educación que lo recomiendan como el estándar exigible a empresarios, padres y maestros.

Avancemos algo más y exploremos el problema capital de la interoperabilidad. Los usuarios tenemos derecho a exigir que las máquinas intercambien entre sí datos con fluidez. Sería absurdo que no pudiéramos conversar por teléfono con los clientes de otra compañía rival, o que cada eléctrica suministrara un tipo diferente de corriente imponiendo cada una sus marcas de electrodomésticos. Por eso, la creación de estándares es una de las responsabilidades mejor valoradas por los consumidores y los productores. En este sentido, lo más razonable es pedirle a los fabricantes que los documentos realizados con una máquina puedan ser leídos sin problemas en otra.

Imaginemos que la documentación de una central nuclear o los datos clínicos de una ciudad están realizados o archivados con un programa que deja de fabricarse y que no puede ser abierto (como hacemos con el capó de un coche si queremos reparar el motor) para arreglarlo y modificarlo. ¿Nos podemos permitir semejante despilfarro de información? La consecuencia de lo que decimos es obvia: la soberanía nacional está conectada a la interoperabilidad de las máquinas y ambas a los formatos estándar. Abrir el código es la respuesta a muchas demandas y una de las autopistas hacia la creatividad, la transparencia y la justicia. ■



EL «CHIP» POÉTICO

GUSTAVO ROMANO

PROYECTO IP POETRY

IP-POETRY.FINDELMUNDO.COM.AR

NILO CASARES

Uno de los temas que ocupa estos días mis conversaciones con los amigos es la escritura automática planificada, por llamarlo de alguna manera. Automática, porque está realizada por autómatas, y planificada, por superar los patrones de las vanguardias literarias del novecientos que buscaban sobre todo el caos y el sinsentido. Tema prolífico a raíz de la aparición de programas enriquecidos con inteligencia artificial o robots no antropomórficos aderezados con el mismo componente que tienen la dedicación exclusiva de escribir con más o menos tino.

FALTA DE SANGRE. Mi primer tropezco con este tipo de experimentos data de mi adolescencia, cuando cayó en mis manos el libro *Poemas V2. Poesía compuesta por una computadora* (1976), de Ángel Carmona, que despertó mi interés por algo que se me escapaba en un alcance que hoy comprendo mejor. Creo que en aquel momento era víctima de la falta de sangre por las arterias del escritor, la computadora, para poder otorgarle el rango de poético a lo escrito en aquel libro. Un error que sigue acompañando a mucha gente a la hora de acercarse a los textos escritos bajo régimen automático, por más depurados que resulten, tal vez porque seamos más proclives a aceptar a un humanoide con sentimientos similares a los nuestros (como en la película *Blade Runner*) que a reconocer la capacidad de un ordenador para decir palabras de amor, algo que estaría, en el extremo platónico, sólo al alcance de hombres como nosotros, porque se tiende a pensar que lo escrito tiene que haber sido vivido con anterioridad, en un desconocimiento de qué

sean las artes bastante notable. Al parecer cuesta entender todas estas cosas porque estamos atados a que la sangre debería regar las palabras para preñarlas de sentido.

Podemos aceptar obras como la realizada por Yucef Merhi en 1998, *The Poetic Machine* (www.cibernetic.com/art/obra4-1.html), porque sigue jugando con el riesgo vanguardista de introducir variables de azar y lo vemos como ejercicio de estilo y trampa del arte contemporáneo, pero no estamos dispuestos a hacerlo con acabados perfectamente lógicos y bien planificados como los que consigue Philip M. Parker, según *software* registrado con el número 7266767 en la oficina de patentes de los EE.UU., que le ha permitido escribir más de doscientos mil libros sobre las más diversas materias, alguno con repercusión en Amazon, y que van desde análisis sectoriales de economía a diccionarios de idiomas. Y todo sin mover un dedo sobre el teclado, ni poner una pizca de sus neuronas en ello. De forma parecida, podemos aceptar a un ordenador jugando al ajedrez, porque parece una actividad algorítmica, pero no pintando un cuadro abstracto, porque vemos esa pintura como algo visceral, y por las vísceras informáticas no corre sangre.

DUDAR DE QUIÉN ESCRIBE. Todo esto lo traigo a colación de la presencia en el Instituto Cervantes de Nueva York, dentro de la muestra *Sintopías*, del *Proyecto IP Poetry*, de Gustavo Romano (ip-poetry.findelmundo.com.ar), con cuatro robots virtuales, de los que habitan en internet, con sonidos e imágenes pregrabadas, que consiguen, gracias a su conexión a la Red, la composición de textos a partir de criterios de búsqueda introducidos por el usuario y con pautas de recitación también marcadas por el usuario. De esta forma, vemos a lo automático sujetarse a ciertas directrices y al que escucha dudar de quién lo escribe. ■

LA POESÍA POR ORDENADOR

DE ESTE PROYECTO TAMBIÉN ESTUVO PRESENTE COMO UNA INSTALACIÓN (A LA DERECHA) EN LA «BIENAL DEL FIN DEL MUNDO» CELEBRADA EN USHUAIA EN 2007

